

PEDRO URVI

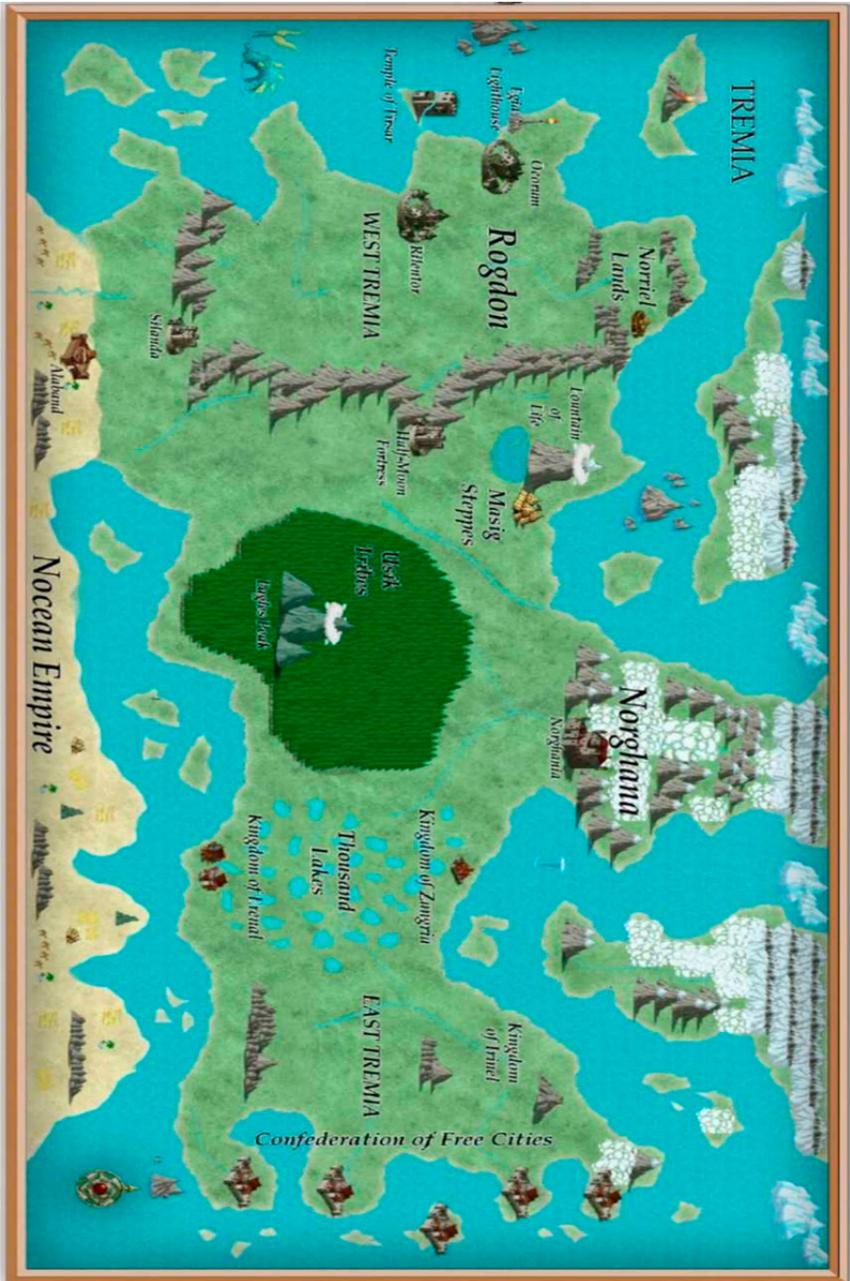


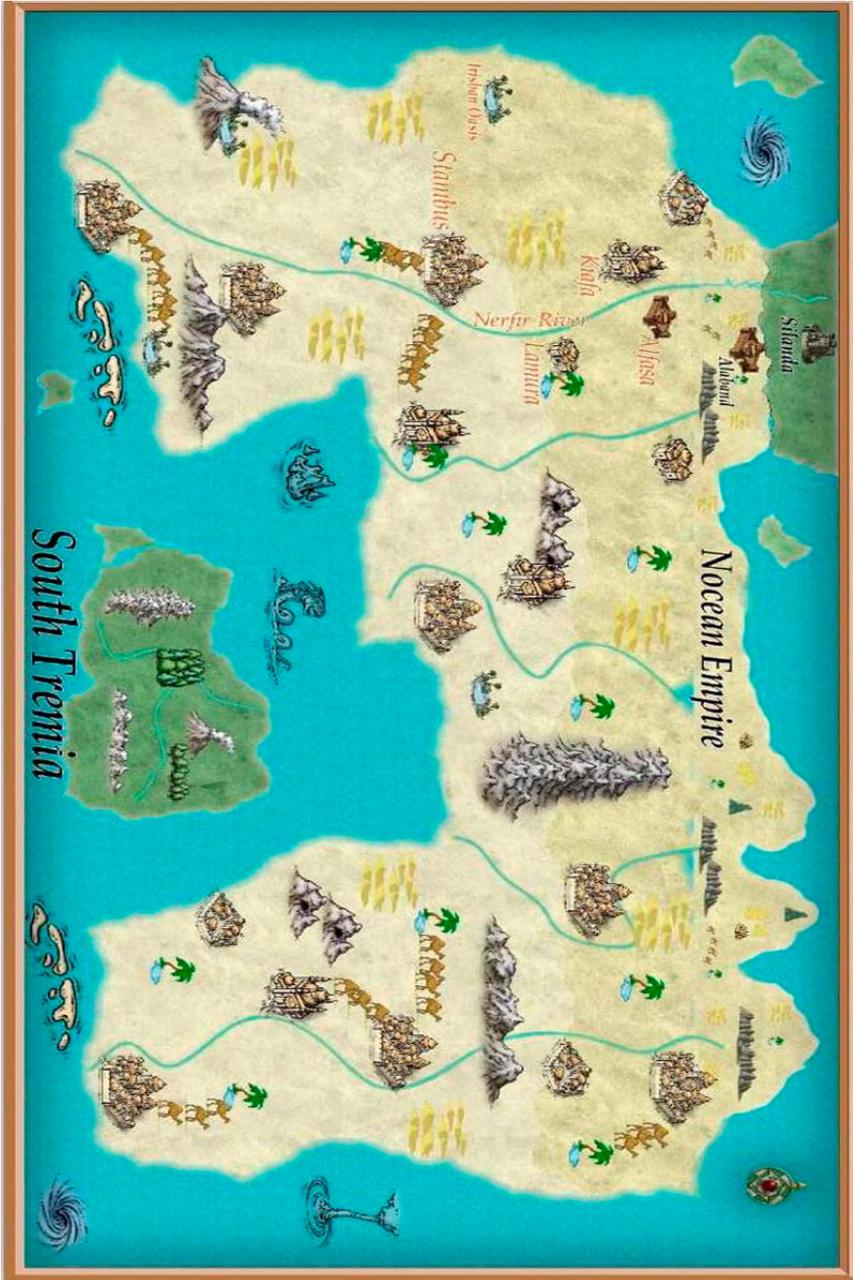
EL GRAN CONSEJO

EL SENDERO DEL GUARDABOSQUES LIBRO 10

Se ha hecho un llamamiento para convocar El Gran Consejo. Los líderes de los Guardabosques se reunirán para estudiar la amenaza de la sección oscura y buscar la forma de acabar con la amenaza. Las Panteras de las Nieves se verán inmersos en la conspiración y jugarán un papel transcendental en su resolución. También continuarán sus investigaciones para descubrir quién está intentando acabar con la vida de Lasgol y Egil y la relación que existe entre los intentos.

Esta serie está dedicada a mi gran amigo
Guiller. Gracias por toda la ayuda y el apoyo
incondicional desde el principio cuando sólo
era un sueño.





Capítulo 1

–Eso parece un problema –dijo Viggo con una sonrisa funesta. Señalaba hacia un punto manchado de sangre frente a ellos en el camino.

–Ni se te ocurra –le advirtió Ingrid a su lado sobre su caballo.

–Tenemos que intervenir, rubita –respondió él con gesto de que no les quedaba otra opción. Señaló hacia el interior del bosque siguiendo el rastro con el dedo índice.

–No me llames rubita que te voy a atizar, y no tenemos que intervenir. Esa situación no está relacionada con nuestra misión.

–¿No eres tú la que está siempre diciendo que los Guardabosques somos los defensores del pueblo de Norghana, de las tierras del reino, de los indefensos, de los desvalidos y no sé cuántas otras cursilerías similares más...? –replicó Viggo acariciando el cuello de su caballo.

–Lo somos y no son cursilerías. ¿Es que no aprendiste nada en el Campamento y después en el Refugio?

–Claro que aprendí algo. Que tanto trabajo y sufrimiento envejecen –dijo señalando el rostro de Ingrid con su dedo y le dedicó una sonrisa de «lo siento mucho».

–¡Por todos los Dioses de Hielo! ¿Por qué me tiene que tocar él? ¿Por qué!? –clamó a los cielos–. ¡Eres insufrible!

–En el fondo estás loquita por mí. Los dos sabemos que estos enfados son solo tu forma de disimularlo –sonrió él tan tranquilo.

Ingrid cogió a Castigador y apuntó con el diminuto arco a Viggo, había fuego en sus ojos. Parecía dispuesta a atravesarle el corazón con una certera saeta.

–En el fondo y en la superficie, te odio –respondió ella sin dejar ir la flecha.

–Estupendo. Ahora que ya tienes el arma preparada vamos a ocuparnos de este asuntillo. Llevamos días cabalgando desde que partimos del Campamento y han sido de lo más aburridos. Me apetece un poco de acción, se me están agarrotando los músculos del desuso.

–A ti lo que se te ha agarrotado es el poco cerebro que tienes. ¡No vamos a intervenir! ¡Vamos a seguir con la misión que nos han encomendado!

–Me lo agradecerás luego –le dijo él y desmontó con agilidad.

–¡Quieto! –le ordenó Ingrid, pero Viggo ya se adentraba en el bosque siguiendo el rastro de unas ruedas de carro–. Si vas no pienso ir a ayudarte. Estarás solo.

–Te veo en un ratito –le respondió Viggo levantando la mano sin volver la cabeza, como si se dirigiera a pasar un buen rato a una cantina.

–¡Eres un dolor de muelas insufrible! ¡Vas a terminar muy mal!

Viggo ignoró el comentario de Ingrid y siguió los rastros que se adentraban entre los arbustos. Allí había ocurrido un asalto, de eso no tenía duda. Por las marcas en el suelo había deducido que un grupo que transportaba tres carros cargados con pesado material había sido atacado en aquel punto del camino. Eran tan visibles al entrenado ojo de un Guardabosques que no había necesitado bajarse del caballo a inspeccionar las marcas más de cerca.

Avanzó un poco y esta vez sí que se detuvo a examinar los rastros. Una cosa era estar seguro de uno mismo y de sus habilidades como Guardabosques, y otra muy distinta ser un engreído y meterse de cabeza en la boca del lobo. Él era como era, pero al mismo tiempo se cuidaba mucho

de no cometer errores, sobre todo cuando había vidas en riesgo como era el caso. Además, la suya también estaría en peligro muy pronto.

Se arrodilló y estudió las huellas. Contó cinco asaltantes que arrastraban los cuerpos de los hombres que habían atacado y probablemente matado. Eran hombres grandes y pesados, lo podía deducir por la profundidad y tamaño de las huellas. Eran huellas más grandes que las suyas, por lo que supo que se iba a enfrentar a Norghanos de los que daban miedo. Bueno, a la mayoría de los hombres, a él pocas cosas le daban miedo y un puñado de enormes Norghanos no era una de ellas. Sin embargo, era consciente de que cometer un error podría costarle la vida, así que no se confió. Nunca lo hacía.

Se adentró entre los matorros siguiendo las huellas y descubrió los cadáveres de tres hombres escondidos entre la maleza. Clavó la rodilla y los examinó. Eran guardias armados, de los que se conseguían con oro. Debían ser los que protegían la caravana, aunque, por desgracia, aquel trabajo sería el último de sus carreras. Guardias armados... eso significaba que los carros portaban algo de valor. Observó el rastro que se dividía en dos. Por un lado, el de los carros dirección norte y por otro, el de tres hombres que arrastraban a otro en dirección este, hacia un bosque de fresnos.

Decidió seguir el rastro de los carros y ver qué encontraba allí. En la ciudad siempre decían que había que seguir el oro, la mercancía de valor, porque inexorablemente conducía al culpable final. Pronto lo descubriría. Revisó a los guardias muertos por si podía descubrir algo más sobre ellos o el encargo. Nada, estaban limpios, ya los habrían registrado los asaltantes. No conseguiría más información allí así que continuó persiguiendo el rastro de los carros con cuidado de no ser visto ni oído. La maleza era alta, pero no estaba en un bosque sino en una planicie y no podría ocultarse tan bien. Miró al cielo de media tar-

de y el sol radiaba entre algunas nubes blancas que no amenazaban lluvia.

Vio una roca grande y protuberante y se ocultó tras ella.

–Vamos a sacar una buena cantidad por este trabajito –dijo una voz profunda y ríe con una carcajada seca.

–Más nos vale, hemos tenido que venir demasiado al sur. Esta zona no me gusta nada –respondió otro hombre con voz más aguda.

–Eso es porque te has pasado media vida asaltando pastores en el norte. Estos trabajos en el sur son mucho mejores.

–Si tú lo dices... Yo solo veo ropas feas y telas en estos carros. Apenas hay oro. ¿Qué vamos a hacer con esto?

–¿Que qué vamos a hacer? ¡Serás idiota! ¡Pues venderlo en el mercado negro! ¿Qué si no?

–No me llames idiota o te machaco la cara.

–Inténtalo y esta noche seremos uno menos en la cena.

Viggo, que estaba disfrutando de la discusión entre los dos bandidos, se subió a la roca de un brinco equilibrado y ágil. Observó a los dos Norghanos que registraban los carros en busca de todo lo que fuera de valor. No se había equivocado. Eran tan grandes como feos e iban armados con hachas cortas y cuchillos a la cintura. El más bajo de los dos llevaba un arco corto a la espalda. Eso podría ser un problema. Esperó un momento por si alguno más de los asaltantes aparecía. No fue el caso, el resto del grupo estaba en el bosque. Estudió si lo podían ver. Era una posibilidad, sin embargo, el bosque estaba lo suficientemente lejos para que él pudiera advertir si lo atacaban. Concluyó que lo mejor era no esperar más y pasar a la acción.

–Buenas, chicos, siento interrumpir esta discusión, pero debo ordenaros que os entreguéis –les dijo Viggo con los brazos en jarras sobre la roca.

Los dos bandidos se volvieron hacia Viggo con cara de sorpresa e incredulidad por partes iguales.

–¿Quién eres tú y qué haces aquí? –dijo el más alto con cara de pocos amigos mientras se llevaba la mano al hacha en su cintura.

–Me llamo Viggo y os aconsejo que no opongáis resistencia o me veré obligado a usar estos –respondió y con un movimiento rapidísimo desenfundó sus cuchillos.

El más bajo de los dos al ver que Viggo estaba a unos pasos echó mano del arco a su espalda.

–¡Como no desaparezcas ahora mismo te vamos a destripar! –amenazó el más alto.

–Soy un Guardabosques. Tú, chiquitín, no cargues el arco o tendrás un disgusto.

–¿Un Guardabosques? ¿Aquí? –dijo el más alto que ya sostenía un hacha en una mano, un cuchillo en la otra, y tenía gesto de no poder creer su mala fortuna.

–Pues sí, pasaba por aquí cuando he visto el estropicio que habéis dejado en el camino. Qué mala suerte para vosotros, ¿verdad? –respondió Viggo encogiéndose de hombros.

–Lo que pase aquí no es de tu incumbencia –le dijo el más bajo.

–Yo diría que sí, estáis cometiendo un delito de sangre en las tierras del Rey, eso me concierne.

–¡De esto se encargan los hombres del Conde Morsen, señor de este condado! ¡Un Guardabosques tiene cosas más importantes que hacer! –le gritó el alto enfurecido.

–Uy, eso sí que es verdad, y me estáis retrasando, así que tirad las armas y entregaos ya.

–¡Ya te he dicho que había que limpiar la sangre del camino! –dijo el más bajo y desoyendo a Viggo sacó una flecha y se dispuso a cargarla en el arco.

–¿Qué acabo de decirte? –regañó Viggo con expresión de estar muy decepcionado por la actitud del bandido.

–¡Te voy a clavar una flecha en el corazón! –replicó rabioso.

Viggo suspiró airadamente.

–Tú no acertarías ni a un buey a diez pasos con ese arco.

–¡Tira contra el maldito Guardabosques! –dijo su compañero.

Antes de que el bandido pudiera levantar el arco para tirar, Viggo ya se movía. Bajó de la roca y avanzó tres pasos con la velocidad del rayo. El bandido intentó apuntar y Viggo rodó sobre su cabeza. Al finalizar el movimiento llevaba sus cuchillos en la mano izquierda y la daga de lanzar en la derecha. Soltó un latigazo tremendo con el brazo derecho y la daga salió a una velocidad vertiginosa hacia la cabeza del bandido que intentó tirar contra Viggo. No lo consiguió. Antes de que pudiera soltar la flecha la daga le alcanzaba en el ojo derecho. Su cabeza se fue hacia atrás del impacto y antes de que supiera qué le había golpeado cayó de espaldas golpeando el suelo con su pesado cuerpo. Había muerto sin siquiera ver la daga abandonar la mano de Viggo.

El otro bandido se lanzó al ataque e intentó alcanzarlo con un tajo circular de su hacha. Viggo, que estaba agazapado, rodó a un lado esquivando el golpe. El forajido soltó varios tajos con hacha y cuchillo intentando alcanzarle, pero Viggo se movía de derecha a izquierda como si se deslizara sobre hielo en un estanque helado.

–¡Estate quieto y pelea! –le gritó el bandido furioso.

Viggo sonrió.

–¿Seguro que es lo que quieres? Estaba ejercitándome un poco.

–¡Te voy a partir en dos! –le dijo el enorme bandido y avanzó con hacha y cuchillo alzados.

Viggo imitó al bandido levantando sus cuchillos. Los lanzó con todo su ser contra el gigantón según llegaba hasta él con toda la inercia de su carrera. Fue a golpear a Viggo que, con un movimiento veloz, se puso fuera del al-

cance del hacha y cuchillo que buscaban su cuerpo. El bandido falló ostensiblemente.

–Uy... casi... pero no –dijo Viggo con un gesto de pena fingida a un paso a su costado.

–¡Eres...! –comenzó a decir el asaltante e intentó girarse cuando se percató de que tenía los dos cuchillos de Viggo clavados en el torso.

–Esa armadura de cota de malla que llevas es de muy mala calidad... apenas aguanta nada –dijo Viggo señalándole el pecho–. Además, mis cuchillos están preparados para perforarla –dijo encogiéndose de hombros–. No deberías correr al encuentro de objetos punzantes como un bruto descerebrado. Bueno, la verdad es que ya no lo harás más.

El bandido miró con ojos desorbitados las armas clavadas en su torso y luego a Viggo. Fue a decir algo, pero se derrumbó hacia delante. Murió antes de tocar suelo.

Viggo se acercó tranquilamente y con el pie le dio la vuelta en el suelo. Cogió sus cuchillos.

–Que conste que os he pedido muy amablemente que os entregarais... –negó con la cabeza mientras los observaba.

No sentía ni pena ni remordimiento por ellos y lo sucedido. Eran bandidos y asesinos y ahora no volverían a hacer daño a nadie, el mundo estaba mejor sin aquella pareja de brutos. Además, era parte de su trabajo, proteger a los inocentes del reino de escoria humana como aquella.

–Ha sido divertido, os dejo, tengo que ir a hablar con vuestros compañeros –les dijo a los dos muertos y se marchó tan tranquilo en dirección al bosque limpiando sus armas.

Llegó hasta los primeros árboles y de inmediato se sintió mejor. Dentro de un bosque, entre sombras y maleza, era donde mejor se desenvolvía. Los claros y llanos no eran de su agrado. Él era amigo de la oscuridad y la penumbra. Se agazapó y se escondió tras un roble. Aguzó el

oído. Le llegaron voces de unos hombres desde el este. Con mucho cuidado, con todos los sentidos alerta, avanzó cubriéndose de árbol en árbol. Se fue escondiendo tras los gruesos troncos, acercándose a los bandidos en total sigilo. Se situó a sus espaldas de forma que no lo vieran.

Había tres hombres. Uno de ellos hablaba a gritos a un infeliz al que tenían atado a un árbol con una gruesa soga. Otro lo flanqueaba. Un tercero revisaba el cuerpo de otro de los guardias de pago que yacía junto al hombre atado al árbol. Debía de haber llegado hasta allí con vida y los asaltantes habían decidido que ya no lo necesitaban y habían acabado con él.

–Os aseguro... que tengo dinero... en Ostert... –balbuceó el prisionero al que habían dado una buena paliza. Tenía el labio partido, los ojos morados y probablemente algunas costillas rotas. Le costaba respirar y tenía el costado derecho manchado de sangre de los golpes que había recibido.

–Ya, ya, eso lo dices para salvar el pescuezo –dijo el que parecía el líder del grupo. Era el más alto y fuerte de los tres y tenía una larga melena rubia embarullada y con pegotes de barro y polvo del camino. Llevaba dos hachas de guerra a la cintura y era fuerte como un toro.

–Soy un mercader de telas... mi negocio va bien... tengo oro en mi hacienda... escondido... –intentó explicar el infeliz que luchaba por su vida.

–Yo no le creo. Mátalo –dijo el que se había colocado a la izquierda del líder, que tenía cara y hasta cuerpo de jabalí. Era castaño y muy peludo y, como su jefe, de aspecto muy sucio. Aquellos bandidos no se habían lavado en semanas. Viggo olfateó en su dirección y lo corroboró, olían a queso podrido.

–Escuchemos qué tiene que decir, puede haber oro en lo que dice –propuso el que se había puesto a la derecha del líder, que tenía cara de ser algo más espabilado y parecía algo más limpio. Llevaba la cabeza rasurada y una

barbita rubia corta. Tenía un arco compuesto en la mano y una aljaba llena a la espalda. Viggo se fijó en sus ojos, su ademán, y supo que era peligroso. Sabía usar su arma.

–Mejor matarlo e irnos con el cargamento y su bolsa de oro antes de que llegue alguien –dijo el de cara de jabalí señalando al pobre mercader y haciendo un gesto con un cuchillo largo de caza como si fuera a degollarlo.

–Aquí mando yo –dijo el líder–. Se hace lo que yo diga.

–Yo quiero más oro del que llevaba encima –insistió el que parecía más espabilado.

–Tú calla o te arranco la lengua –le respondió.

–Inténtalo y será lo último que hagas –replicó el otro y, cargando una flecha, levantó el arco.

–¡Quietos los dos! –ordenó el líder con un rugido y extendiendo los brazos.

–No me matéis... os daré todo mi oro... –masculló el mercader como pudo, con un tono mezcla de ruego y pánico.

Viggo ya había analizado la situación y sabía lo que tenía que hacer. Salió al descubierto y avanzó hacia los tres hombres tranquilamente. El líder le daba la espalda y no lo vio. Los otros dos se percataron y al momento se giraron hacia él.

–¡Qué demonios! –exclamó el cara de jabalí que se llevó la mano a la cintura y sacó un segundo cuchillo largo de cazador.

–¿Quién eres...? –comenzó a decir el del arco mientras apuntaba hacia Viggo.

No terminó la frase. Viggo soltó un latigazo de su brazo derecho sin detenerse y la daga alcanzó al bandido en el cuello. Soltó el arco y se llevó las manos a la nuez. Viggo supo que ya no era una amenaza, moriría en unos instantes.

–¡Te mato! –gritó el de cara de jabalí y corrió hacia Viggo mientras el líder terminaba de girarse y comenzaba a

sacar sus hachas.

Con total frialdad, Viggo midió la distancia y aguardó el ataque. El cuchillo de cazador buscó cortarle el cuello. Él echó la cabeza atrás y el acero le pasó a dos dedos. El de cara de jabalí parecía saber usarlos... Soltó otro tajo circular y esta vez Viggo se agachó como si sus piernas y cuerpo fueran de una flexibilidad absolutas. El tajo pasó sobre su cabeza. Con un movimiento fulgurante, Viggo le clavó sus dos cuchillos negros en el estómago y retiró las armas al instante. El asaltante se miró el estómago, se dobló de rodillas y gritó de rabia al saberse muerto. Cayó a un lado.

Viggo se puso en pie y miró al líder, que lo aguardaba con sus dos hachas de guerra en la mano y cara de querer partirlo en dos.

–¿Quién eres tú? –le preguntó más como una orden que como una pregunta.

–Oh, qué despiste el mío –respondió Viggo situándose frente a él, a dos pasos–. Soy un Guardabosques y estáis detenidos. Bueno, tus hombres están muertos, pero tú sí quieres puedes entregarte –dijo con un tono de lo más casual.

–¿Un Guardabosques?

–De los mejores, creo que pronto seré el mejor de Norghana.

–Mala suerte la nuestra, entonces... –dijo el líder enarcando una poblada ceja.

Viggo hizo un gesto de disculpa.

–Sí, bastante mala suerte, hay que reconocerlo.

–Creo que no estoy convencido de que seas el mejor, no me pareces gran cosa –replicó el forajido abriendo los brazos y mostrando su musculatura.

–Te aseguro que lo soy. Además, los grandullones como tú no sois mucho problema para mí.

–¡Eso lo veremos! –bramó y se lanzó a cortarlo en dos. Soltó un terrible golpe con ambas hachas a la vez sobre la